

Una Artesanía Albacetense singular: ENCUADERNACIONES DE ARTE.

Por Miguel Panadero Moya



Figura 1: MISAL ROMANO (Misal de la Virgen). Decoración de cubiertas, lomo y contracubiertas con orlas y otros elementos que enmarcan motivos religiosos.

Tan importante como el libro en sí, en estas ocasiones, pueden resultar otras variadas facetas suyas; así, el conocimiento del proceso del material de su fabricación, los procedimientos históricos de reproducción, de la evolución de las materias escritóreas, del formato o de la encuadernación. Dentro de este último aspecto es permisible un especial cuidado para lo que ha dado en llamarse la dimensión estética del libro, es decir, el conocimiento y la valoración de las ilustraciones que acompañan al texto, o la ornamentación y el porte de su cubierta exterior. Digamos, finalmente, para justificar esta colaboración, que en esa labor última, protectora y embellecedora a la vez, se han distinguido con brillantez algunos albacetenses; son, o han sido, conciudadanos singulares que de forma silenciosa, sin estridencias —porque la encuadernación es tarea minuciosa y paciente que no las permite—, trabajaron y siguen trabajando, sumando prestigio al buen nombre de Albacete, su cuna.

Es sabido que la encuadernación está sujeta a una técnica definida, que dispone de su propio vocabulario; pero también puede ser enriquecida por un conjunto de valores personales añadidos y de estimaciones subjetivas que la constituyen en un arte tan preciado como pueda serlo el esmalte o la orfebrería.

Considerado desde esta perspectiva la encuadernación cuenta con sus investigadores y tratadistas especiali-

zados, que escriben para una categoría de personas, necesariamente de reducida extensión, identificada con el nombre de bibliófilos.

Estos amantes del libro lo consideran antes que medio transmisor de ciencia y cultura, como soporte delicado, susceptible de embellecerse con la expresión artística, con la pátina de los siglos o, simplemente, con la singularidad.

En el camino de la creación de esta clase de obras de arte pueden ser nombrados algunos artesanos de la encuadernación en Albacete: Pedro Martínez, con taller establecido hoy todavía, afortunadamente, en una de las calles del núcleo antiguo de la ciudad, conocido y admirado tanto dentro como fuera de ella; Juan José Igualada, excelente maestro encuadernador de la Diputación Provincial que a su labor en este arte de la ligadura artística ha unido el de impresor artesano en oro; y José Panadero Sala, fallecido en 1962, encuadernador y miniaturista, artífice de obras reputadas únicas y geniales, y más estimado en los mercados especializados nacional e internacional que conocido entre su pueblo. Para nuestra satisfacción los encuadernadores de arte de Albacete figuran ya en los catálogos y ensayos de encuadernación española (1).

(1) LOPEZ SERRANO, Matilde. "La encuadernación Española" Madrid, 1972 (Biblioteca Profesional de ANABA. Cuadernos) pág. 112-114.

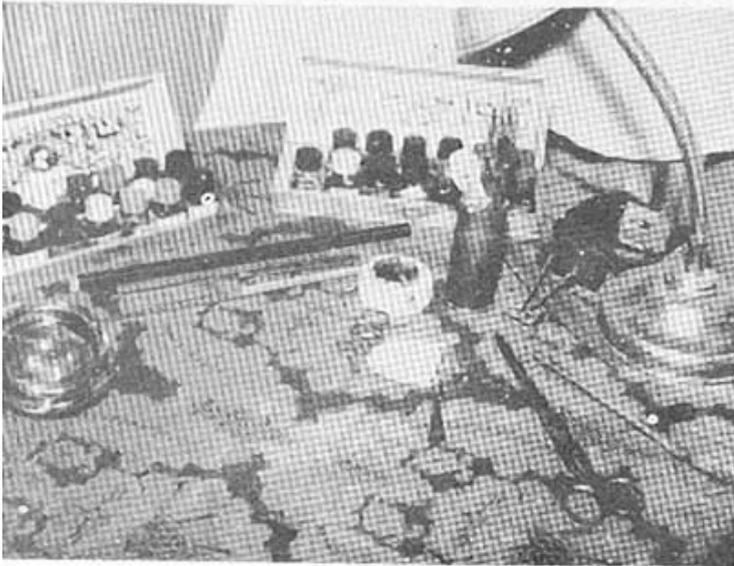


Figura 2: El taller del artista. Recogido, íntimo, mínimo.

De los citados en primer lugar se ocupó recientemente la prensa local dedicándoles oportunos, amplios y merecidos reportajes (2). En cuanto al último, desaparecido hace ya varios años sin haber disfrutado al mismo nivel igual reconocimiento, sirvan estas líneas de mínima y sentida biografía artística suya, in memoriam.

José Panadero Sala: El Artista

José Panadero Sala nació en Albacete, en el año 1910. Fue el último de los cinco hijos de un prestigioso profesional vinculado a

las actividades de la Audiencia Territorial de Albacete, que posteriormente sería llamado a desempeñar la alcaldía de la capital. Siguiendo la tradición familiar estudió la licenciatura en Derecho, doctrina que nunca ejercitaría; olvidando esa preparación universitaria, acabada la contienda civil, buscó otras salidas profesionales más acordes con su personalidad.

Hacia 1940 comenzó a iluminar pergaminos y estampas y a dibujar ilustraciones diversas; pero esta actividad resultaría muy limitada y estrecha para sus aptitudes, su capacidad y su temperamento, y por ello hubo de orientarse hacia otros horizontes bien pronto. A mediados de aquella misma década se inició en el estudio y aprendizaje de las técnicas de la encuadernación, aprendizaje en el que colaboró con otro prestigiado artesano del libro, establecido en Albacete, el ya nombrado Pedro Martínez.

En breve tiempo, las prácticas del taller quedarían dominadas por las facultades excepcionales reveladas por el aprendiz que, además, comenzaba a *añadir* la calidad de sus dibujos a pluma al pergamino o a la piel, tradicionalmente sobredorado o gofrado. En aquella primera época algunos de sus trabajos ornamenta-

(2) "Pedro MARTÍNEZ, encuadernador", en la sección dominical "Gente de aquí", de *La Verdad*, ed. de Albacete.

"Pedro Martínez, una vida dedicada a la encuadernación", en *PUEBLO*, de Albacete, por A.G., (30 Noviembre, 1975).

"En Albacete se compone el primer libro totalmente en oro de ley", en *La Verdad*, edición de Albacete (20 Noviembre, 1975).

les, a media piel, fueron decorados solamente en lomo y vueltas (encuadernación de los CUENTOS DE LA ALHAMBRA, de W. Irving, todavía firmado con la marca del taller de P. Martínez), o con alguna mayor importancia pero sin dar todavía la definición de su estilo, en cubiertas lomos y contracubiertas, formando orlas que enmarcaban delicadas estampas (decoración del llamado MISAL DE LA VIRGEN, ofrenda de D^a M^a de la Concepción Gotor y Perier a la Virgen de los Llanos, en 1946, también firmado por P. Martínez —la encuadernación— y por J. Panadero —las ilustraciones—). Sin embargo, evidentemente, esta fórmula no satisfacía sus ambiciones; con el tiempo la ornamentación del libro había de adquirir la atención preferente, casi absoluta del interés del artista, aunque la encuadernación, efectuada ahora directamente por sus manos recibiría a su vez un complementario cuidado especial que le llevaría hasta lograr una perfección y maestría inimitables.

Entre sus colegas españoles el encuadernador albacetense comenzó a disfrutar de extraordinario prestigio y de nada disimulada admiración (3). Quizás, de todos ellos, quien mejor logró penetrar en el conocimiento de su obra y de su personalidad fuera el catalán Emilio Brugalla, que más tarde dedicó en la prensa especializada, a partir de 1962, varios recuerdos emocionados

en su memoria (4).

Brugalla había podido descubrir en nuestro pintor "un singular sentimiento del color y una retina privilegiada"; estas cualidades se desarrollaron en un ambiente de aislamiento difícil, que hubo de superar con voluntad de autodidacta enardecido por una limpia pasión hacia lo minucioso, por una escrupulosa exigencia de los pequeños detalles y por una meticulosa pulcritud.

Sin embargo, una vez más se reprodujo la máxima bíblica, los suyos no le reconocieron, acreciéndose en el artista un crecimiento de desestima; recluso en su reducido taller, —prensa, tijeras, engrudo, pluma y tintero, una hogarña mesa camilla y sus ilusiones— se esforzó sin atisbos de recompensa, hasta sentir que el ámbito local, su ciudad, quedaba pequeña para él.

El encuadernador catalán citado, refiriéndose a esa época de la vida del encuadernador albacetense, escribiría después estas delicadas palabras: "Su gran esfuerzo, sin lauros

(3) En julio de 1963 se celebró en el Museo Municipal de Madrid una Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos en la que junto a obras de Antolín Palomino, Emilio Brugalla, Guzman, Lassaletta, "Nicolás", etc., 13 obras de José Panadero ocuparon un lugar preferente.

(4) Emilio BRUGALLA, "Recuerdo de José Panadero Sala. Un artista ignorado. Un asombroso pintor y encuadernador", en *La Vanguardia Española*, 28-II-65; y "La reliure d'art affranchi consacre au livre", en *La Reliure*, París, Oct. 1964.

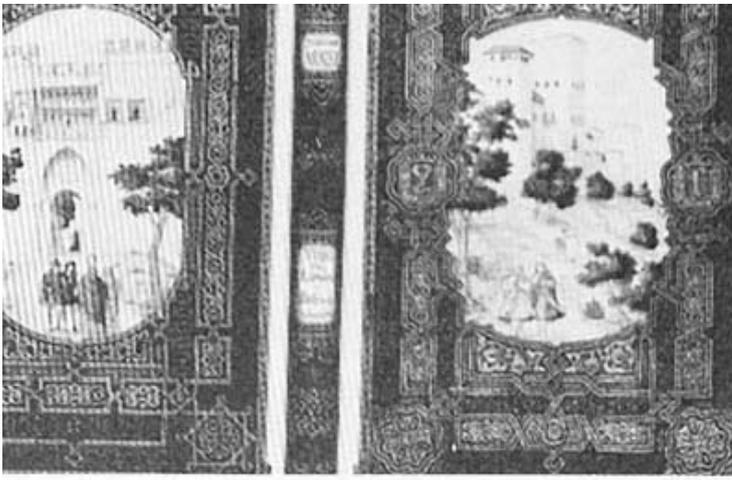


Figura 3: "En Albacete vivía un artista del libro de indudable personalidad, José Panadero, desgraciadamente fallecido en plena juventud. Especializado en la pintura sobre pergamino, en la que se mostró delicado dibujante y fácil y elegante decorador, ha llevado esta técnica al arte de la encuadernación, en la que representó lucido papel por su originalidad" (Matilde LOPEZ SERRANO, Ob. cit.).

inmediatos ni recompensa cierta, se estimó sonriente entre los suyos pero envuelto en la densa niebla del escepticismo. Sin embargo, el dominio que llegó a poseer de su arte y de su oficio fue el poderoso cincel que labró su prestigio" (5).

Una lacerante tristeza le acompañó siempre en Albacete, su ciudad; en ella se mantuvo recluso, limitando la exhibición de sus obras a algunas contadas personas entre las que distinguió a Don Francisco del Campo Aguilar. El ilustre periodista que se manifestó como articulista fecundo, confesaba su arrobo más tarde, en una nota postrera, afirmando no haber encontrado jamás palabras para ponderar "aquellas maravillas salidas de su mano", adjetivándolas entonces como "muestras de un arte inimitable y envidiable, caso único en la encuadernación artística española, de grandeza y paciencia" (6).

En los primeros años de la década de mil novecientos cincuenta José Panadero comenzó a viajar periódicamente;

al principio a Madrid, a Barcelona poco después, para ofrecer a libreros y bibliófilos su maravillosa producción. Fruto de esta etapa son las asombrosas encuadernaciones que se integraron en las colecciones de la Biblioteca Nacional, y de la Biblioteca de Palacio, y en otras particulares propiedad de Don Vicente Castañeda, los Duques de Alba y Maura y don Luis Calandre. En su época última dedicó mayor atención a los círculos catalanes; en Barcelona, su principal marchante fue entonces don Pedro Pujol y su más entusiasta comprador el catedrático Doctor Piulachs.

Ocupado con una permanente atención diaria y durante una larga dedicación que excedía crecidamente la jornada habitual de trabajo, el artista empleaba de dos a tres meses en la encuadernación y ornamentación de cada una de sus obras. Trabajando en silencio, solo, sin discípulos ni auxiliares, su obra no tiene continuadores, pudiendo calcularse alrededor de 70 los ejemplares nacidos de sus manos; y cada uno de ellos puede ser estimado como pieza única e inimitable.

(5) E. BRUGALLA. Ob. cit.

(6) Francisco del CAMPO AGUILAR, "De una exposición", en "NOTAS", *La Voz de Albacete*, Agosto 1963.

Su obra: características y estilo.

Una vez en posesión de los secretos técnicos de su arte, creó un estilo de encuadernación perfectamente definido. Sus trabajos se hicieron siempre con pergamino; encuadernaciones con un acabado impecable, enriquecidas con dibujos a pluma alusivos al contenido del libro en comunión espiritual con las bellezas que encierran sus páginas (7), y, finalmente, laqueada.

Como arquetipo de su producción nos sirve la descripción de alguna de sus obras.

En 1953 encuadernó el libro titulado "PASEO POR MADRID, 1835" que se encuentra en la Biblioteca de Palacio (8); este ejemplar fue exhibido en la Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos de 1963, mereciendo de la crítica la estimación de constituir, sin duda ninguna, la mejor de este artista (9). El libro fue encuadernado en pergamino, pintado y laqueado. Adornado profusamente en toda su superficie exterior, la decoración de las cubiertas se compone de motivos florales de estilo rococó, que, como sería constante artística suya, encierran un óvalo central; en cada uno de ellos se introdujo una ilustración alusiva al texto; la segunda cubierta, por ejemplo, reproduce una escena que se sitúa delante de la ermita de San Antonio, estando firmada y fe-



Figura 4. "No sigue el montado del pergamino a la italiana, pues el doblar de la caja es distinto, lo mismo que los complicadísimos estuches, con trenzados de cuerda recubiertas con el pergamino, que parecen tallados por artistas consumados del Panteón de Infantes de El Escorial" (Antonio BOTELLA, ob. cit.). En la fotografía aparece su última obra, inacabada.

chada con su fórmula usual: "JOSE PANADERO, 1953". En ambas contraportadas dibujó dentro de sendos medallones, los bustos emparejados de una maja y un chispero, en la primera, y de una dama y un caballero románticos, en la segunda. Todos los dibujos, primorosamente coloreados, van sobre pergamino, y laqueados. Tanto la parte de las contratapas sin decorar como las guardas se vistieron de raso granate.

(7) E. BRUGALLA. Ob. cit.

(8) Antonio FERRER, "Paseo por Madrid, 1835" (Madrid, 1952). Propiedad de la colección de la Biblioteca de Palacio.

(9) Antonio BOTELLA, "Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos", artículo publicado en *ORRAS*, Revista de construcción.

permitiendo en sus bordes el detalle de una estrecha banda de pergamino ornamentado. El lomo, igual que las cubiertas, iba profusamente decorado y en esta ocasión se terminó con nervios, fórmula utilizada por el artista alternativamente con el acabado liso. El cajo, invariablemente, se concluyó hacia fuera totalmente rehundido, es decir, a la romana, más grato para la pericia técnica de su autor. La cabeza, en este caso como en otros, se decoró también con motivos florales pintados.

El segundo ejemplo está fechado algo después.

En 1957 encuadernó una edición de "Platero y yo", para el doctor Don Luis Calandre, uno de sus clientes más constante, admirador y amigo, que llevaba su pasión de bibliófilo al extremo de buscar retales originales de tejidos preciosos para su utilización adecuada en la encuadernación de arte. Por aquellas fechas el artista se ufanaba de una difícil innovación técnica, una bordura muy bien acogida por los expertos, consistente en una terminación en forma de cordón de los cantos de las tapas del libro, que realzaban el conjunto.

"Platero y yo" fue encuadernado en pergamino, pintado y laqueado; y decorado con motivos inspirados en el libro. La ornamentación de la cubierta se distribuyó en una gruesa orla con pájaros, mariposas y motivos florales que formaban el marco

de sendos óvalos con escenas alusivas al texto, donde el autor puso su firma: JOSE PANADERO. Las contratapas las cubrió de moaré rojo, ilustrados con nuevos motivos pintados y laqueados sobre pergamino. Una fábrica semejante se le dió a las guardas, mientras que las contra-guardas se cubrieron en papel pintado a mano. En este caso la decoración del lomo también ocupaba los entrenervios distribuída en las áreas limitadas por los nervios; el cajo se terminó a la romana y los cortes, igualmente, fueron pintados. Para proteger la encuadernación construyó un estuche recubierto de pergamino y terciopelo rojo con medallones y cabeza en pergamino también pintados y laqueados, en las que escribió la firma siguiendo una fórmula nueva con la fecha y lugar: JOSE PANADERO ORNAVIT. ALBACETE, 1957. Finalmente todo el conjunto se cobijab, a su vez, dentro de otra caja o guardaestuche, recubierta como aquél, con pergamino pintado y terciopelo rojo.

Los motivos elegidos para sus decoraciones con mayor insistencia revelan claramente el temperamento romántico del pintor. Muchas de sus obras, por el tema o por su autoe, estuvieron relacionadas con este movimiento cultural, y cuando no era así, lacerías, construcciones de arte gótico y musulmán, detalles, figuras y trajes de época inspiraron sus me-

jores ilustraciones.

Última época: floración.

No fue fácil hallar clientes para este arte de minorías al final de aquella década que terminó, en la reciente historia nacional, con la serie de medidas económicas conocidas como plan de estabilización. En la correspondencia del encuadernador albacetense con libreros y colegas (Pujol, Antolín Palomino, etc.) a la vez que se reproducen noticias penosas sobre la generalizada regresión del mercado, tras de nuevos horizontes, se mencionan la aventura de Europa y de América, el grupo de LA RELIURE, de París y la casa Brentanos de Estados Unidos. Estas circunstancias adversas contribuyeron a minar su salud ya quebradiza; no obstante, prosiguió trabajando en una serie de libros que fuerin adquiridos, en su mayoría, por bibliófilos de la ciudad condal.

Bajo este clima vivió hasta 1962; en la primavera de aquel año comenzaba a organizarse en Madrid una exposición-homenaje al encuadernador español. Con este motivo el artista albacetense fue invitado a colaborar porque —como afirmaba la Condesa de Mayalde al solicitar su participación—, su nombre era ya uno de los más interesantes dentro de este campo artístico en nuestro país. En principio la inauguración se había pre-

visto para el mes de junio; sin embargo, sus puertas no se abrirían todavía.

Después de no pocas resistencias y vacilaciones nuestro encuadernador se ofreció a colaborar; el certamen fue aplazado por la comisión organizadora hasta octubre. Una breve demora nada más, justificada por la premura de tiempo y lo desaconsejable de las fechas elegidas para la primera convocatoria, serían suficientes sin embargo, para que el artista no pudiera llegar a verla; ni siquiera, seguramente, si se hubiera celebrado en esta segunda edición pues, a mediados de octubre, moría en Albacete.

La Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos se celebró por fin en el Museo Municipal de Madrid, en el mes de julio de 1963. Las obras del artista albacetense José Panadero ocuparon el lugar preferente y la crítica elogió sin regateos de forma unánime su labor inimitable. En el catálogo de la exposición aparecían relacionadas hasta trece de sus obras representativas del período comprendido entre 1951 y 1960, destacando merecidamente sobre todos los trabajos expuestos a pesar de la indudable calidad de los restantes autores presentes: Díaz Lassaletta, Galván, Brugalla, Macedo, Monje, "Nicolás", Palomino y Sancho Viana.

Con aquella exposición se pretendía, en opinión de una ilustre especialista, D^a Matilde López Serrano, directora de la Biblioteca de Palacio, llamar la atención de los coleccionistas y amantes del libro para que ayudaran a un arte tan precioso como el de los encuadernadores, haciendo ver al mismo tiempo que los artesanos españoles habían llegado a una perfección que permitía la comparación con los mejores encuadernadores franceses (10).

Brugalla, artesano y publicista del arte ligatorio, escribiría un año después para LA RELIURE órgano de expresión de los encuadernadores de arte de París, en el portavoz de "aquellos monstruos" dictadores mundiales de la moda y del buen gusto, —como habían sido llamados por Antolín Palomino en su correspondencia con José Panadero—, la noticia de la vida y obra del artista de Albacete. Otra vez más, volvería a insistir en el recuerdo a José Panadero, en 1965, desde Barcelona, calificándolo como artista ignorado y pintor y encuadernador asombroso.

"Con su presencia —escribió Brugalla— el séquito de las artes del libro se engrosó. Sus creaciones no rebasaron nunca los límites de los clásico o tradicional (...). Como pintor experimentó horror ante las veleidades artísticas del mundo actual. Conse-

cuente con sus principios, sus encuadernaciones y sus lacados fueron en cada caso, una dificultad vencida (...). Si su vivir efusivo, todo amor, transcurrió con pasos inciertos, contrariado de sí mismo y lleno de ofuscaciones, su obra, plena de unción fue serena y majestuosa. La elevación del artista describió una fulgurante estela" (11). Una fulgurante estela que se había apagado ya, desgraciadamente; y quienes vivíamos en el entorno suyo nunca volveríamos a disfrutar del maravilloso regalo de la contemplación de su obra.

M.P.

(10) Matilde LOPEZ SERRANO.- "Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos", Madrid, 1963. Catálogo.

(11) Emilio BRUGALLA. *La Vanguardia Española*, 28-11-65, Ob cit.